

Así también son las historias de los manuscritos y/o libros que se perdieron o fueron birlados a sus dueños. Materias para la leyenda, pero al menos una leyenda bibliográfica. Al respecto, págs. 150, 207, 340, 344-345, 403.

Coffee-table book con venas abiertas

América mestiza, el país del futuro

William Ospina

Villegas Editores, Bogotá, 2000,
343 págs.

Villegas Editores ha publicado un hermoso libro de gran formato llamado *América mestiza, el país del futuro*. A lo largo de las 343 páginas magníficamente impresas encontramos un sinnúmero de fotografías de importantes fotógrafos, como Santiago Harker, Aldo Brando, Jeremy Horner, Ricardo Matta, Diego Miguel Garcés y Javier Hinojosa, entre otros, y reproducciones de no pocas ilustraciones, grabados y pinturas de diferentes épocas y latitudes. Este libro viene acompañado de un texto del escritor colombiano William Ospina, que ocupa una quinta parte de sus páginas, aproximadamente.



De unos años para acá este poeta y ensayista, quien nos ha entregado unos bellos volúmenes de poesía y de agudos ensayos literarios, se ha propuesto escribir una serie de polémicos textos sobre diferentes temas. El primero de éstos fue su libro *Es tarde para el hombre*, en el

que hace una reflexión y una catalogación sobre temas neurálgicos de la sociedad contemporánea. Otro ensayo suyo que dio mucho para hablar fue *¿Dónde está la franja amarilla?*, en el cual hacía un análisis sobre la situación política de Colombia y las posibles raíces de la encrucijada actual. Estos ensayos siempre suscitan acaloradas polémicas, pues encuentran o bien devotos y fervorosos partidarios, o bien encarnizados y furibundos detractores. Personalmente me parece bien que un escritor e intelectual haga públicas sus convicciones y sus inquietudes, estemos de acuerdo con él o no.

América mestiza hace un recorrido por la historia y por la geografía de América Latina; es decir, la que va desde el sur del río Grande hasta las heladas tierras de la Patagonia. Es un vistazo rápido, que de alguna manera recuerda *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano, aunque sin el sesgo economicista del libro del uruguayo. Son unas páginas de buena información, en las que aventura no pocas hipótesis, y se nos muestran claramente asombrosas coincidencias históricas, confirmando aquello de que “a la realidad le gustan las simetrías”.

Hace cosa de sesenta o setenta años proliferaron en nuestro continente los intelectuales americanistas. Entre todos ellos, el mexicano José Vasconcelos, con su *Raza cósmica*, fue quizá el que alcanzó mayor audiencia. Según su teoría al estar *cribadas* en América todas las razas, el mestizaje estaría llamado a ser algo así como la raza elegida. Y desde el título mismo de este libro, vemos cómo William Ospina parece coincidir en algunos aspectos con esa tendencia.

El texto de *América mestiza*, dividido en veintitrés capítulos, va desde el rompimiento de las placas tectónicas y la separación de América del Sur y África, hasta las migraciones desde el Asia por el estrecho de Bering; los reinos y las civilizaciones prehispánicas, la conquista, la colonia, la república, los héroes, tiranos y verdugos, los diferentes cambios históricos, la fusión racial de indígenas,

europeos y africanos; el redescubrimiento de la naturaleza americana por parte de las expediciones del sacerdote español José Celestino Mutis y de la influencia de esa naturaleza en el desarrollo de las sociedades que preconizara el barón Von Humboldt, la simbiosis de esas tres culturas y el resultado de ellas en las manifestaciones artísticas y populares, entre otros temas; todo esto escrito en la prosa persuasiva del poeta y ensayista tolimense.



Por ejemplo, en el capítulo dedicado al río Amazonas, el autor hace una descripción de las miles y miles de aguas que van a engrosar el torrente de este gran río, no sólo de los ríos tributarios sino de las aguas que por efecto de la evaporación, los vientos, las nubes y las precipitaciones se trasladan desde el mar Caribe aumentando su caudal, que en la desembocadura en el Atlántico arroja cien mil metros cúbicos de agua por segundo y que prosigue con su fuerza trescientos kilómetros mar adentro.

Constantemente, William Ospina evoca los mitos en los que las civilizaciones de América fundan su mundo, como en el mito huitoto sobre el nacimiento del Amazonas, según el cual “una hermosa mujer llamada Monaya Tiriza, que se hace amante de Kuio Buinaima, *el dueño de los frutos, la serpiente sin ojos, el dios dueño de los aromas*. Descubierto su amor porque ya la preñez de Monaya Tiriza se advierte, la madre de la joven se enfrenta con el dios y, sin hacer caso de su promesa de alimentos y frutos en abundancia para la

comunidad, promesa que es formulada en el lenguaje de los aromas, lo destruye o lo expulsa. A partir de ese momento comienza una época de privaciones en la cual los humanos se ven obligados a comer sólo carne. La joven sigue alimentándose secretamente de los dones del dios, de blanca yuca formada por las espumas de la quebrada, y su hijo es un árbol que crece lleno de flores diferentes y de frutos. Sólo su madre tiene acceso a los frutos incontables que produce el árbol, pero la comunidad, ávida de tantos alimentos, logra encontrar el hacha de metal que les permite derribarlo. *El tronco, inmenso. La altura, enorme. El peso, enorme. El fragor, inmenso.* Ese proceso de abatimiento de un árbol descomunal y pródigo narra el nacimiento del río. Las astillas vuelan en peces, las ramas incontables se transforman en ríos, el tronco descomunal se convierte en el Amazonas, la madre de las aguas, el río árbol de los frutos, el río árbol de los alimentos. Y de la muerte del árbol transfigurado en río va brotando la selva".



Nos habla también de la poderosa vegetación que circunda al Amazonas, y al mismo tiempo de la delicadeza de este sistema que no tolera los monocultivos y que se sostiene, en medio de su fragilidad, justamente por lo diverso; y de cómo los grupos humanos que desde épocas inmemoriales han habitado esos territorios así lo han entendido y han sabido preservarlo a través de los tiempos, y de los embates que ha resistido ante la codicia de Occiden-

te desde Orellana, Pizarro, Ursúa y Aguirre hasta la industria del caucho y la amenaza de las plantaciones cocaleras de nuestros días.

"La gran serpiente del Amazonas —nos dice Ospina— con sus selvas y sus mitos, es una garantía de la vida para todo el planeta, pero ello plantea un desafío a la sensatez humana: lo que da la selva, sólo puede darlo para todos, para las comunidades y finalmente para la humanidad; quien quiera obtener beneficios sólo para sí, quien quiera derivar de ella rentabilidades mezquinas, necesariamente tendrá que destruirla, y con ella destruir el futuro".

Otro capítulo bastante sugerente es el de "Lo que llegó de África" y que está antecedido por una soberbia fotografía de una joven de la etnia masái hermosamente ataviada. En él Ospina alude a la ironía con que Jorge Luis Borges se refiere a la solución del exterminio de indios en las minas de oro y plata propuesta por el padre Bartolomé de las Casas: la importación de negros del África. A esta "singular variación de un filántropo", como anota con sorna el sutil payador de milongas, se debe uno de los hechos de mayor trascendencia en la historia de nuestro continente, como todos lo sabemos. Pensar que a lo largo de tres siglos entre trece y quince millones de personas fueron traídas como esclavos a América es algo que bien puede compararse, como lo señala Ospina, con los procedimientos empleados por los nazis con los judíos o con los gitanos. Al mismo tiempo, y a pesar de esta infamia sin nombre, el aporte africano ha enriquecido y ha alegrado la cultura de los pueblos de América con su ritmo y su colorido: "Tal vez si la conquista de América se hubiera limitado al choque entre la Europa altiva y blanca, filosófica y despiadada y los pueblos nativos feroces o sumisos, orgullosos y amargos, discretos y pensativos, nuestra América sería hoy un continente más tenso y menos alegre, pero es necesario señalar que uno de los hechos atenuantes de ese drama cósmico fue paradójicamente la llegada de los pueblos de África". Sin el apor-

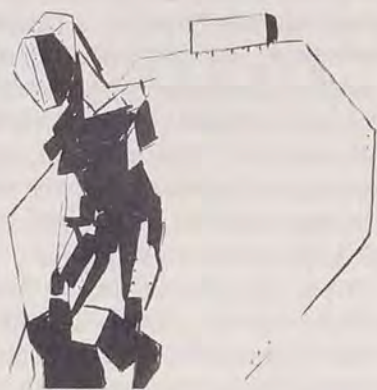
te africano no existirían ni el tango argentino, ni las sambas brasileñas, ni las guarachas cubanas, ni el porro y los bambucos colombianos, pero no es solamente un aporte musical el que hacen los negros en América, también a ellos se deben expresiones como las de Wifredo Lam, Alejo Carpentier o incluso el mismísimo William Faulkner, quien recreó en sus obras el antagonismo de los blancos y los negros en el sur de los Estados Unidos.

Esta historia, esta mezcla de culturas, es la que ha hecho del nuestro un continente mestizo sobre el cual la geografía ha ejercido su influjo, si hemos de coincidir con Humboldt; y este mestizaje se percibe no sólo en nuestros rasgos físicos sino en nuestra forma de ser, de sentir, de asumir nuestro destino multiforme. A lo largo de los diferentes capítulos que conforman este libro —Los Reinos del Espíritu, La Vida Milenaria de América, El Sueño de la Libertad, El Derecho al Presente, En Busca de la Modernidad—, William Ospina, recurriendo a imágenes y textos de los más importantes de nuestros creadores, se propone demostrárnoslo.

Y por qué *¿País del futuro?* Después de este viaje a través de la historia y la geografía del continente, William Ospina hace un balance y lanza sus formulaciones utópicas: "Nadie puede hoy postular el retorno masivo de las sociedades hacia una supuesta arcadia primitiva, y ya hemos dicho que el mundo no parece avanzar hacia ninguna forma de 'pureza' cultural o étnica, pero por esa misma razón las sabidurías de todos los pueblos pueden entrar en un diálogo creador y contribuir a rehacer el camino que nos acerque otra vez a la naturaleza y nos permita establecer nuevos pactos con ella [...] tenemos el deber de escuchar —de los pueblos indígenas— sus sabidurías y hacer de esos sabios poseedores de intuiciones y visiones milenarias valiosos consejeros del porvenir". Y más adelante: "La América mestiza es hija de muy honradas y complejas civilizaciones y tiene el deber de recibir lo mejor de todas ellas. Ante el mero mensaje de

la productividad, que no deja espacio para la vida ni para la imaginación, o ante el terrible mensaje del poder, que quiere ver a los humanos sometidos a una disciplina agobiante, nuestros pueblos tienen ante sí sólo dos imperativos fundamentales: el imperativo de sobrevivir, como lo dictan las más hondas leyes de la naturaleza, y para lo cual es necesario salvar también a ese universo natural del que dependemos, y el imperativo de buscar la felicidad, la belleza y la armonía”.

Pero las buenas intenciones de un poeta con muy poca frecuencia rigen los destinos del mundo. No sé si sea demasiado negativista, pero mucho me temo que los planteamientos esperanzadores de William Ospina serán desoídos.



Por otra parte, pienso que es claro que cultural y racialmente somos una mezcolanza, como también es claro que ser esa mezcolanza no nos hace inferiores, pero tampoco nos hace superiores ante la historia (al fin de cuentas, yéndonos hacia atrás, todos somos mestizos en la inabarcable promiscuidad humana); ni hace que tengamos más o menos futuro que otras regiones del orbe cuyas culturas muestren síntomas de cansancio o agotamiento. El ingenio humano guarda para todos insospechadas sorpresas: hay también un “rumor de Biblia y guerra” en los días por venir.

Por último, quisiera hacer una observación final. Aunque la tendencia mundial, en cuanto a diseño, de estos libros de gran formato llamados en inglés *coffee-table books* es intercalar el texto con las fotogra-

fías, se hace muy incómoda su lectura. Sucede entonces que, generalmente, uno llega a casa de un amigo y se pone a hojear los dos o tres voluminosos tomos que hay dispuestos sobre la mesa de centro, mientras la empleada va a avisar que los invitados llegaron; pueden estar también en la mesa de la sala de espera de la dentistería o de la presidencia de la compañía a la que vamos a proponer ese proyecto fabuloso que nos ha tenido en estado de agitación durante las últimas semanas. Pero en todos los casos pasa exactamente lo mismo: uno pone sobre sus piernas el libro y comienza a dar vueltas a las páginas y a admirarse con las bellísimas fotografías interiores, con la calidad de la impresión, con el finísimo papel esmaltado, con el diseño, y comienza a embriagarse con el aroma de la tinta cuando invariablemente sale el amigo envuelto en un vaho de loción diciendo que ya viene o: “Siga, que el doctor lo está esperando”, mientras un sudor frío comienza a recorrerle la espalda pensando en el zumbido de la fresa, o el presidente de la compañía lo hace pasar a su oficina, mirando entre receloso y escéptico el portafolio en el que uno lleva el proyecto aquel. Y siempre, siempre, el libro se queda a medio mirar, digo, en cuanto a las fotografías, porque del texto ni hablar. ¿Quién —aparte del editor y unas pocas personas más involucradas en la preparación del libro— repito, quién se ha leído un texto de alguno de los muy bellos *coffee-table books*? *Nobody*. Debo aclarar que no soy diseñador, aunque he tenido alguna cercanía con esta clase de proyectos, pero soy lector, y en nombre de esa legión anónima quisiera pedir a los editores de este tipo de libros que los acompañen de un cuaderno con el texto —¿o debo decir *pocket-book*?—, que puede ir en un bolsillo en una de las contratas. Así el lector podrá observar las fotografías sobre una mesa y leer el texto cómodamente.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Retrospectivas desde el atolladero

Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI

Pedro Paulo Funari y Andrés Zarankin (compiladores)

Ediciones Uniandes, Bogotá, 2004, 144 págs.

Este libro es el primero de una serie con las ponencias presentadas en el III Encuentro Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur, *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, realizado en la Universidad de los Andes (Bogotá, 2002). El primero fue en Brasil (Vitoria, 1998) y el segundo en Argentina (Olavarría, 2000). Los coordinadores del simposio en Bogotá, el brasileño Pedro Paulo Funari y el argentino Andrés Zarankin, comparten una postura crítica de la arqueología en sus ensayos, el primero y el último entre los siete reunidos en este texto. El ensayo de Zarankin, “Hacia una arqueología histórica latinoamericana”, muestra las diversas corrientes teóricas de la arqueología en América desde fines del siglo XIX, con el evolucionismo, originado en Inglaterra, el cual pretendía que había un único pasado real y que las sociedades evolucionaban; su vigencia se extiende hasta 1920 aproximadamente, aunque todavía hoy se ventila en diversos medios la peregrina idea de que sólo es cuestión de tiempo para que las sociedades atrasadas se vuelvan sociedades avanzadas, tomando como modelo invariable a las mismas sociedades del norte que medran en detrimento del sur. Hasta dar con la corriente del posprocesualismo en los años ochenta, originado también en Inglaterra, que valida la acción de los individuos y deja ver la posibilidad de múltiples pasados “subjettivos” (Zarankin, pág. 132). Es un hecho que las diversas corrientes conviven al mismo tiempo, y precisa este autor: “Cabe destacar que la mayor parte de los trabajos en arqueología histórica en América han funciona-